

Entre México y Rusia en tiempos del coronavirus.

Moscú.

2020, finales de enero.

En las noticias ya se habla sobre el virus de Wu Han y Rusia ha decidido cerrar sus fronteras con China. Sin embargo, mi atención está centrada en asuntos más inmediatos. No es la primera vez que tengo problemas debido a mi afán de estudiar de forma independiente en Moscú. Si me hubiera quedado en el Instituto de la Lengua Rusa tendría garantizada una visa de estudiante y menos problemas. Pero sería imposible dedicarme a traducir textos políticos y literarios del español al ruso, labor que, con la ayuda de una filóloga de la Universidad Estatal de Moscú, se ha convertido en la principal forma de sumergirme en el idioma. Tampoco tendría tiempo para estudiar caligrafía cirílica y cantar con los cosacos. Como varias veces en el curso de este último año y medio, llevo dos meses de haber llegado a Moscú y las posibilidades de prolongar mi estancia sin tener que regresar a México resultan cada vez menos esperanzadoras: en esta ocasión tengo una visa de negocios con validez de un año, con la siguiente indicación: “90 días de cada 180”. Es decir, cada medio año sólo tengo derecho de permanecer por 90 días en el país. Los cubanos que me la tramitaron habían dicho que no me preocupara, que sólo era cosa de salir de Rusia el día 89 y volver a entrar. En ese caso, puedo probar la opción de irme a Pisa, Italia, donde sin problemas podría pasar un un par de semanas en casa de amigos para hacer tiempo y evitar que mi regreso a Rusia se vea obstaculizado. Esta opción me deja intranquilo: las autoridades de migración rusas no se andan con bromas, quizá los cubanos tienen menos problemas porque pueden entrar 3 meses con visa de negocios y otros 3 meses como turistas, cosa que los mexicanos no podemos hacer porque aún no se ha llegado a un acuerdo migratorio en este sentido.

Hay una chica a la que quiero mucho, Margarita. La conocí cantando canciones cosacas. Llevamos unos nueve meses de conocernos. Hay planes a futuro y tenemos que volver a vernos. “¿Por qué no te vas a la India, en lugar de ir a México? Estarás

más cerca de mí, podrías quedarte a vivir en un monasterio y encontrar el camino a la iluminación...”. Yo más bien me iría a Bollywood. Ya me imagino bailando en esas coreografías con cientos de personas en un atuendo de marajá, el resonar de las canciones... Me entrego a la fantasía por un instante, *Tu shaan e hindustan, hindustan terijaan...* No puedo, simplemente no puedo: en México están mi padre (87 años) y mi madre (74 años) y quiero aprovechar cada oportunidad para estar con ellos.

Por más que busco alternativas, llego siempre a la misma conclusión. Si no quiero arriesgarme a que las autoridades de migración me cachen en una movida turbia, sólo me queda permanecer los siguientes tres meses afuera de Rusia, para estar seguro de que podré regresar. Por más que querría llenarme de aventuras y de mundo, el gran tesoro son mis padres, en México. Compro un vuelo redondo: salida el 14 de febrero vía Moscú-Madrid-Ciudad de México, regreso el 18 de mayo vía Ciudad de México-La Habana-Moscú. Ahora puedo relajarme. Dos pájaros de un tiro: veré a mis padres, pero dejo asegurado el reencuentro con Margarita.

Mis últimos días en Moscú pasan rápido. Tengo muchos pendientes y debo lidiar con la frustración de ver mis castillos desbaratarse en el aire. Noto que el ambiente internacional se agita cada vez más en relación con el virus de Wu Han. Me reconfortan las sopas que Margarita me prepara por las noches, “todo saldrá bien”. Ella está resfriada, es lo más normal en esa época del año. Sé que no puedo enfermarme hasta no haber llegado a México. Como pinta el mundo, imagino que cualquier síntoma de tos o calentura podría provocar que me detuvieran en algún punto de control migratorio hasta comprobar que no es coronavirus. Le comento mis inquietudes a Margarita. Me recuerda que no hay que caer en la paranoia: el miedo genera la enfermedad. Estoy de acuerdo y me explico: “a mí no me da miedo el virus, sólo me da flojera que se imaginen que soy portador y me detengan”. De todos modos, y como el año que inicia viene determinado por conjunciones astrológicas ominosas, Margarita me consigue dos íconos para que me protejan durante el camino y me permitan regresar sano y salvo: una Virgen María *trirúchnitsa*, es decir, con 3 manos y una imagen de Feodor y Frebonia. Me conmueve ver el afán con que los ha buscado en diferentes monasterios y me siento apenado de ser tan escéptico en estos terrenos.

Sin embargo, disfruto ver la mirada apacible y cariñosa de estos santos, y me seduce el ritual de encenderles velitas e incienso.

Es catorce de febrero y ya vamos camino al aeropuerto. Vaciar el departamento en que vivía para dejar mis pertenencias en casa de Margarita, así como la preparación de las maletas no nos ha dejado mucho tiempo para pensar, por suerte; pero tampoco ha permitido que nos despedamos como se debe. La abrazo. Es el momento que tenemos para estar juntos. Estamos cansados y no queremos hablar mucho, pero Vasil, el taxista armenio, hace chistes, pregunta como nos conocimos y cuenta la historia de un mexicano al que conoció durante el mundial. “Un tipo genial: estaba casado con una mujer de Armenia”.

El aeropuerto Sheremetevo está lleno de viajeros, como es habitual. Extraña ver a tanta gente con cubrebocas, la mayoría con una fisionomía asiática, probablemente chinos o vietnamitas. Margarita y yo, de algún modo, comprendemos que, por lo menos, el miedo al virus sí es real. Una vez documentado mi equipaje, nos sentamos en una mesa del Mumu, un restaurante. Evitamos pasar cerca de las personas que portan cubrebocas, no queremos contagiarnos miedo. Nos abrazamos muy fuerte y le pido que me cante *Kanareyka*, una de las canciones de cuando nos conocimos.

*¿Ni tibié li, ne tibié li,
mayá kanareyka,
rastvoriony v sadú vorotá?*

*¿No es para ti, no es para ti,
mi pequeño canario,
que abrieron las puertas del jardín?*

No podemos contener las lágrimas, pero hay que correr a la sala de espera para que no me dejen fuera del avión. Nos abrazamos una vez más, antes que me toque pasar por los controles de migración, “aquí mismo vendré a recibirte el 20 de mayo”, me dice.

Subo al avión cinco minutos antes de que cierren el vuelo. No tengo ganas de pensar en nada. Margarita, al igual que la ciudad que fue escenario de nuestras pasiones, se aleja, envuelta en la neblina. Llego a Madrid de noche y me quedo en un

hostal, no muy lejos de la Plaza Mayor. Sí, antes de hacer la reservación pensé que no era lo más sensato en tiempos de un supuesta epidemia, pero tampoco iba a gastarme 50 euros en un cuarto de hotel.

El vuelo a México es menos agitado. Mientras voy por el aire empiezo a hacer conciencia del momento presente: sí, Rusia ejerce un gran atractivo sobre mí, pero voy a México, al México de mis padres y al México donde gobierna Andrés Manuel López Obrador. En cuanto me recupere del viaje, iré a pararme frente a Palacio Nacional “¡Es un honor estar con Obrador!”. Es que cuando decidí irme a Rusia, en el 2017, la perspectiva de México era aciaga: uno de los países más ricos del mundo, gobernado por una élite mezquina y rapaz que había puesto al mando a un tipo que “no comprendía que no comprendía”. Había que ir a explicarle al mundo que los mexicanos no habíamos elegido el gobierno que teníamos.

En mi avión van algunos pasajeros con mascarilla y hasta lentes. La gran mayoría son asiáticos, y de algún modo me he acostumbrado a verlos así, pero además hay un par de connacionales con esas protecciones. *¿Qué está pasando?* Río para mis adentros, querría levantarme del asiento, extender mis brazos como zombie y decirles, “Buh, I’am the Coronavirus”. Es la forma en que intento sobreponerme al miedo que me transmiten, la risa, la ironía. Soy incapaz de imaginar cómo lucirá el mundo a la vuelta de un mes. Aterrizamos. El aeropuerto de la Ciudad de México está lleno de gente. A la hora de recoger mi equipaje, escucho a un maletero: “la situación está fuerte. Ya no están dejando entrar vuelos desde China, pero parece que ahora se están brincando desde Japón...”. *¿Será cierto? No lo sé.*

Finalmente llego casa. Veo a mis padres desde lejos, “no se me acerquen, ya ven que dizque debemos cuidarnos del coronavirus”. Subo a bañarme. Después nos abrazamos, nos saludamos y nos olvidamos del coronavirus. Le mando un mensajito Margarita para avisarle que llegué bien.

Empiezo a reincorporarme al ritmo de la vida en la Ciudad de México. El Coronavirus una vez más parece un fenómeno de países remotos. Por las mañanas continúo con la traducción de *Pedro Páramo* al ruso; por las tardes que logro liberarme de pendientes le hablo a Margarita y hacemos planes para el reencuentro. Un día voy a la oficina de correos que se encuentra en las islas de la UNAM (una de las

pocas donde es posible encontrar filatelia para darle un sello especial a las postales que le mando a Margarita. Al día siguiente, voy al Registro Civil de Salto del Agua, me como un caldo de gallina en el mercado de ahí a la vuelta y me voy caminando hasta el Zócalo (la ilusión de encontrarme a AMLO y expresarle mi apoyo y admiración siempre está latente). Al otro día, voy a Morelos y con Daniel, un amigo que vive a las orillas del cerro, me pongo al corriente de los últimos sucesos en Tlayacapan: que cómo va la yegua, que qué se va a sembrar para este año, que cómo van las casas que supuestamente le iban a dar a los damnificados por el sismo del año 2017. Estas pláticas me permiten regresar a mi tierra. “¿Cómo, Daniel, que no te parece lo del avión presidencial? Si AMLO se la está rifando...”

Sin embargo, el coronavirus es correoso y por más que quiero olvidarlo de una buena vez por todas, insiste en meterse hasta en las Videocharlas Astilladas de Julio Hernández, quien se pone a reflexionar sobre un ciudadano chino que, después de una estancia de negocios en el centro de la Ciudad, había resultado ser portador del virus. Casi de forma simultánea, en casa nos enteramos que la situación en el norte de Italia es grave y que, según parece, han decretado una especie de cuarentena. Mi madre me voltea a ver, “imagínate, si te hubieras ido a Italia, ahora ni siquiera podrías salir de ahí...”. En un abrir y cerrar de ojos, los países de Europa comienzan a cerrar sus fronteras, y uno escucha historias de turistas que se han quedado varados en países remotos, sin posibilidad de regresar a casa y en medio de un ambiente hostil, donde cualquier extranjero resulta sospechoso *a priori*. En Tlayacapan percibo ese mismo temor. Una noche, Daniel me comenta: los de acá no quieren que vengan los chilangos, piensan que es una enfermedad que trajo la gente que va de viaje al extranjero.

Me entero de que Rusia, por su parte, también empieza a tomar medidas preventivas. A partir del 10 de marzo sólo le permitirán la entrada a ciudadanos rusos o a personas que cuenten con permiso de residencia. ¿Cómo, si todos los memes de internet insinuaban que el virus no iba a entrar a Rusia porque allá manda *gospodín* Putin? No sólo eso, unos días más tarde, anuncian que el 23 de marzo iniciará una cuarentena de quince días en la región de Moscú y que Rusia cerrará sus fronteras hasta nuevo aviso. ¡¿Qué?! Con Margarita sigo las noticias y comparto mis inquietudes. Tenemos la certeza de que volveremos a encontrarnos e intentamos aferrarnos a la

fecha que habíamos previsto, pero el panorama luce cada vez menos cierto: la cuarentena que, en Rusia, originalmente iba a durar quince días se extiende hasta el primero de mayo.

El mundo por el que había transitado con tanta facilidad durante los últimos años se derrumba. Las certezas se desvanecen: sí, tengo un boleto para regresar a Moscú el 18 de mayo, pero eso no me sirve de nada, absolutamente de nada, si no abren antes las fronteras de Rusia. Y habrá que ver cuáles son los controles que se les ocurre imponer para cerciorarse de que uno no sea portador del coronavirus.

Y ahora sí van a decir que soy el epítome de lo chairo, pero, además de las pláticas con Margarita, hay otro elemento que me mantiene sereno: las Mañaneras de AMLO. Mientras que en el mundo cierran fronteras, le vetan la entrada a los extranjeros y adoptan medidas de control que rayan en el autoritarismo, Andrés Manuel se prepara para la crisis, insiste en la importancia de la fraternidad universal y permite la llegada de un crucero al que no habían dejado anclar en Jamaica por sospechas de que algún pasajero viniera enfermo de coronavirus:

“nosotros no podemos actuar con discriminación. Se va a cumplir nada más con las normas sanitarias, pero no podemos cerrar nuestros puertos ni rechazar a quienes vienen a México o transitan por México [...] Hasta en el supuesto de que fuese gente enferma, infectada, nosotros por qué no vamos a atenderlos, es un asunto de humanismo”. (27 de febrero)

No sé que pasará después, pero México, en efecto, es el lugar indicado para estar en este momento. Es realmente un orgullo saber que nuestro gobierno tiene una postura tan sabia, tan bondadosa con respecto a esta emergencia. Es un alivio saber que, a pesar del quédate en casa, no nos exigen un QR-code para circular por las calles de nuestra propia ciudad. Comprendo que quizá deba cambiar el punto de encuentro que había acordado con Margarita: en vez de encontrarnos en Moscú, podríamos encontrarnos en un México donde, más allá de las pandemias y los zopilotes de derecha, se respira un aire de renovado optimismo y alegría. Además, pronto comenzarán las lluvias y, para septiembre, las milpas estarán crecidas y los campos empezarán a teñirse de cempazuchitl...